

Un ramo de zinnias

A veces, la historia de una muerte es inevitable para la historia de una vida.

En la mañana de un lunes de febrero, día libre por excelencia de quien se dedica al mundo de la belleza, me acerqué a visitar a mi abuela al hospital. Tras cinco años conviviendo de la forma más digna con aquella situación que le había tocado vivir, y tras unas navidades complicadas, su enfermedad finalmente la había metido en la cama. Entré en la habitación y ella comenzó a bromear sobre su aspecto, decía que sin pelo y sin dientes, si la soltaran en el monte, la confundirían con cualquier otro "animalico" de la zona. Era toda piel y huesos, pero reía a carcajadas haciendo sus caras, fingiendo esconderse entre los matorrales del cerrico de la campana. Le cogí la mano y sonreímos. Amor y humor no le faltaba. Recuperando el aliento tras las risas, me dijo si quería adivinar quién había venido a visitarla. Yo lo sabía, pero no quería sacar el tema y cambié de conversación. - ¿Cómo estás? - No me hizo ni caso y siguió a la suya...-Ojalá encuentres un hombre bueno-, me dijo. Era pleno día, pero creo que una estrella fugaz cruzó el cielo en ese momento. Ella aprovechó y con esperanza pidió su deseo. Me fui con una sonrisa. Seguía contenta, seguía bromeando y eso era buena señal. Con tan solo 71 años se le veía mayor, tan delgada y peladita, pero su esencia estaba intacta.

Sigo viendo el reflejo en el cristal del aparador cuando le pasé la máquina por primera vez. Mi madre, mi abuela y yo. Mudas, con la emoción contenida, los ojos vidriosos y la sonrisa forzada. Aquella pequeña cabecita. Lo que más me gustaba era verla en el campo, regando las flores, feliz, con su pañuelo estampado y gran lazada y como corría a ponerse la peluca y cambiarse el delantal cuando llegaba visita. Era coqueta sin remedio. Aquella noche volví a visitarla. Caminé por el pasillo de la segunda planta dándole vueltas a lo que me había dicho en mi visita de la mañana. Un hombre bueno. Ni siquiera le comenté que había conocido a alguien.

Estaba segura de que no era ese el hombre bueno del que ella hablaba. Ese, estaba todavía por llegar. Al acercarme a la habitación escuché gente dentro y en lugar de entrar, asomé parte de mi cuerpo a modo de saludo divertido. Mi presencia detuvo una conversación. Di un pequeño paso y noté que sus miradas se volvían hacia mí. No tuvieron tiempo de avisarme. Mi abuela ya no estaba. Su cuerpo seguía ahí, pero ella ya no. Busqué su mirada e intenté con todas mis fuerzas cruzarla con la mía, pero ella ya estaba en otra dimensión. Sus brazos, pálidos y cansados, pretendían alcanzar algo que flotaba aparentemente ante sus ojos, algo de esta otra realidad en la que ella estaba inmersa. Ausente, se echaba las manos a la cabeza como si pudiera ver lo que estaba por venir. La observé durante unos segundos que fueron eternos, pero no pude soportarlo. Puede que ese fuera uno de los momentos de mi vida en los que más cobarde he sido. No sé cuánto tiempo estuve paralizada en ese pequeño espacio entre el pasillo y la habitación. Hui, corrí, no recuerdo ni cómo bajé las escaleras del hospital, pero en pocos minutos estaba encerrada en mi habitación. Lloré, grité contra la almohada, pateé de rabia agarrada fuertemente a las sábanas, y maldije hasta que me quedé dormida.

En unas horas sonó el despertador. Me duché y me maquillé con la optimista pretensión de disimular mis ojos, mi cara en general, hinchados por la inconsolable pena de la noche anterior. Puede que lo consiguiera, pero lo que no se puede maquillar son los suspiros que deja un disgusto de esa magnitud. Y con eso y un café, me fui a trabajar. No entendí muy bien lo que estaba pasando, hasta que a mitad de la mañana mi encargada me dijo que me habían llamado, que mi madre me necesitaba. Al llegar a casa no tuve que preguntar. Mi abuela me había dejado y yo no estaba preparada para eso. Era mi primera experiencia cercana con la muerte y me pilló muy desprevenida. Una de las conversaciones recurrentes con mi abuela era que la tenía que poner "bien guapa" cuando muriera. Que no la viera nadie con mala cara. Yo no lo tenía muy

claro, es verdad que siempre habíamos bromeado sobre eso, pero nunca sabes cómo reaccionaras en el momento. Mi madre, que sabía de nuestros planes, cogió un labial rojizo y un pincel y los metió en una bolsita pequeña, por si acaso. Nos arreglamos para lo que sabíamos que sería un día largo. Era finales de febrero, pero hacía un día soleado, me lavé la cara para refrescarla y me volví a maquillar. Buscando algo de ropa negra encontré una de mis blusas preferidas. Una camiseta que se cruzaba por delante, con bastante escote, pero con unas flores preciosas en la espalda. A mi abuela le encantaban las flores, así que decidí ponérmela. Nos fuimos para el tanatorio. Parece que alguien había hablado con el encargado -Me han dicho que la vas a maquillar- le miré de reojo y vi que no había vuelta atrás. Cogí la bolsita, lo miré de nuevo y con un gesto amable me invitó a acompañarlo. Todavía estábamos sólo los familiares más cercanos. De repente estaba en el backstage de la muerte. Acompañé a este hombre por los pasillos hasta que llegamos a una puerta que abrió con un ademán muy cotidiano. Lo primero que vi fue el féretro y enseguida noté ese frío estremecedor de nevera para cadáveres. Ella estaba dentro, tumbada, tranquila, con su peluca dorada y un aspecto un tanto pálido. Al momento me percaté de la cristalera, esa gran ventana a la que se asomarían decenas de personas en las siguientes horas. Siendo tan presumida, entendí que no quería que la vieran así y me puse manos a la obra.

La observé detenidamente mientras le cogía la cara con las dos manos. Su piel todavía no estaba muy fría, las mejillas de porcelana brillaban y se podían percibir las venitas rotas que siempre se le transparentaban tras su piel clara. Saqué el carmín y el pincelito. Despacio, unté el pincel, le dibujé los labios y con cuidado los rellené del cremoso labial rojizo. Con el mismo pincel, le pinté un poquito las mejillas y con los dedos, despacio, difuminé el color para convertirlo en una especie de rubor natural. Se me escapó una sonrisa. Mi abuela tenía la costumbre de pintarse los labios y darse dos toques con el mismo labial en las mejillas. Pero muchas veces olvidaba difuminarlo y se iba a la carnicería en modo “Miliki”. Más de una vez nos habíamos reído de esas anécdotas, a ella no le hacía mucha gracia, pero a mí sí. Muchísima. Y me sigue haciendo. Le acaricie la cara y le bese la frente sabiendo que irremediablemente ese sería el último beso, físico, que nos daríamos. Sentí una extraña paz que me decía que ella estaba bien y me quedé allí, plantada frente al féretro hasta que se abrió de nuevo la puerta, sacándome bruscamente de aquel estado. Un gran ramo de zinnias entró en la sala, alguien vino a entregarlo. El ramo no tenía nombre, pero estoy segura de que esas flores eran para mí. Esas fueron las primeras Zinnias que mi abuela me envió.

Se llamaba Josefina. Los nietos y bisnietos la seguimos llamando abuela Fina. Mi abuelo la sigue llamando Finica. Sus amigas de Madrid, con su tono castizo la llamaban “La Rubia”, y mi tío desde bien pequeño la llamaba “Rubu”. Ella se llamaba a sí misma Josefa y le encantaba decir su nombre completo, con apellidos y todo, cuando nos contaba historias de su época en Alcoy y explicaba con melancolía y un tono circense como los Reyes Magos le entregaron un paquete en plena cabalgata en aquella gran avenida llena de luces y así mismo, con ese tono y esa emoción nos entregaba ella sus regalos la noche del 5 de enero. Las zinnias han estado en el campo de mis abuelos desde siempre. Todavía puedo oler la tierra mojada cuando al caer las tardes de verano, un ratito antes de la cena, cogía la manguera y comenzaba a regar las flores de la marquesina. El gran don pedro junto a la pila, los baladres, las margaritas del paseo y finalmente las zinnias de las dos grandes jardineras. Las teníamos de todos los colores, rosas en toda su gama, naranjas y amarillas e incluso algunas mezcladas con blanco. También las había de diferentes formas, las sencillas con tan solo una capa de pétalos y las redondas que tenían varias capas. En plena temporada era un espectáculo de color. Se sentía tan orgullosa de sus plantas que en cuanto venía alguien de visita y le preguntaba por ellas, tenía preparado un puñadito de simiente envuelta en papel de periodico y lista para llevar.

No pude contar la historia de su vida, ni de su muerte, hasta años después, cuando de

repente, tras un sueño revelador en una siesta de verano en Barcelona, las zinnias aparecieron de nuevo. Tras aquel episodio, y confieso que esto me sigue pareciendo extraño de explicar, siento que comenzó la historia de mi vida. A los pocos meses de su marcha llegó aquel “hombre bueno” que ella había pedido para mí. Hemos cantado juntos sus canciones millones de veces en el coche y repetido sus chascarrillos entre risas y alguna que otra lágrima. Mis hijos hablan de ella con un amor como si la hubieran conocido. He recorrido mucho mundo y en cada paso de mi camino han estado presente las zinnias recordándome que la vida esta para vivirla. En cada una de las ciudades en las que he vivido durante estos diecisiete últimos años han aparecido zinnias en una forma u otra. En todas y cada una. Sin excepción. Aparecen en el momento idóneo, cuando busco una respuesta o estoy totalmente perdida. Cada vez que aparecen es una señal de que todo está bien, y de que ese, es el camino correcto. Las he visto en los jardines de la facultad de una universidad en medio de la nada, en el estado de Iowa, en una ventana de un apartamento de Nueva York, en una callejuela de Graus, en una gran jardinera junto a un semáforo en Bali y en la boda de mi prima, aunque esta última vez fuimos nosotras las que las llevamos, asegurándonos así de su presencia en este evento tan especial.

Aquel 26 de febrero del 2003 comenzó la historia de mi vida, mi abuela se convirtió en mi ángel de cabellos dorados y yo me convertí en su forma de comunicarse con nosotros. Me permitió ser y creer en lo que soy ahora, me ayudó a escribir cuando no podía hablar, a curar mis heridas a través de mis textos, a leer las señales, a entregar los regalos de la noche de Reyes con nombres y apellidos, a ofrecer siempre un “platanico” aunque te hayas hinchado a comer, a disfrutar del regalo de lo cotidiano y a mantenerla viva en nuestro recuerdo. Hoy, está en las frases de mi madre, en los ojos de mi prima y en el pelo de mi hija. Hoy, está en mi corazón y en mis letras. Hoy está aquí.

A veces, la historia de una muerte es inevitable para la historia de una vida.

Laura Tevar Martínez

2º Finalista del I Certamen de Relatos Cortos ‘Historias de Vida’ de AYAC